

<https://dx.doi.org/10.12795/RAA.2020.18.02>

EL ESTUDIO DE LAS RELACIONES HUMANO-ANIMALES EN LA ACTUAL “ENCRUCIJADA AMBIENTAL”

Santiago M. Cruzada

Universidad de Sevilla

Garry Marvin

University of Roehampton

Resumen

Las relaciones entre seres humanos y animales se han convertido en un tema clave, emergente y a tener muy en cuenta dentro del actual debate, tanto académico como social, preocupado por cuestiones ambientales. Pero a pesar de su importancia, los animales han permanecido relegados a un segundo plano analítico en los relatos etnográficos, fundamentalmente como elementos subsidiarios de las prácticas, los discursos y los simbolismos culturales. No obstante, las herramientas teóricas y metodológicas que posee la antropología pueden ayudar a la mejor comprensión de dichas relaciones y, con ello, a estimular el entendimiento acerca de cómo y por qué se construyen ciertas ecologías. Trayendo a los animales al centro de los estudios antropológicos y considerándolos actores implicados en la construcción de los mundos sociales, con este trabajo invitamos a reflexionar sobre la pertinencia de adoptar una mirada que vaya “más allá de lo humano” –pero relacionada e íntimamente conectada con lo humano- como una forma de comprender adecuada y empíricamente las relaciones socioecológicas particulares dentro del nuevo escenario global de crisis ambiental.

Palabras claves: relaciones humano-animales, ecologías multiespecies, antropología, etnografía, antropoceno, crisis ambiental.

Abstract

The relationships between humans and animals have become a key, emerging issue to be considered within the current academic and social debate concerned with environmental matters. But despite their importance, animals have remained relegated to an analytical background in ethnographic accounts, mainly as subsidiary elements of cultural practices, discourses and symbolisms. Nevertheless, the theoretical and methodological tools that anthropology possesses can help to better understand these relationships and, in doing so, stimulate understanding of how and why certain ecologies are constructed. Bringing animals to the centre of anthropological studies and considering them as actors involved in the construction of human worlds, with this work we invite a reflexion on the relevance of adopting a view that goes “beyond the human” –but related, and intimately connected with, the human- as a way to properly and empirically understand the particular socio-ecological relationships within the new global scenario of environmental crisis.

Keywords: human-animal relations, multispecies ecologies, anthropology, ethnography, anthropocene, environmental crisis.

1. EL ANTROPOCENO COMO INTRODUCCIÓN (Y COMO CONTEXTO)

Es innegable que el contexto ambiental contemporáneo obliga a reajustar los marcos de estudio y las agendas de investigación para ofrecer un análisis lo más riguroso posible de lo que se ha venido en llamar “el antropoceno” (Crutzen y Stoermer, 2000; Castree 2014; Hamilton, Gemenne y Bonneuil, 2015; Haraway, 2015; Arias Maldonado, 2017; Trischler, 2017), un concepto que articula tres dimensiones fundamentales para su definición: por un lado implica observar si la humanidad –pero no todos los grupos ni en la misma medida- se ha convertido en una fuerza geológica de primera magnitud y si la intensidad de las actividades de la sociedad industrial sobre el planeta –con sus consecuentes huellas biofísicas- requieren la denominación de una nueva época geológica; por otro supone identificar cuáles son dichos efectos a nivel ecosistémico y cómo o en qué medida determinan (o rompen) los principales procesos ecológicos tanto para humanos como para otras especies no humanas; por último, debate sobre las causas epistemológicas, ontológicas, filosóficas, económicas o políticas –entre otras- en las que se han soportado los cambios, el impacto y las transformaciones, así como las responsabilidades y las acciones a tomar ante la fehaciente, variada, imprevisible, y quizás irreversible, crisis ambiental (Alexiades, 2018: 17-20).

A pesar de que la antropología y otras disciplinas afines vienen subrayando desde hace décadas que separar dicotómicamente la “naturaleza” de la “cultura” no tiene validez analítica *dado* que, por ejemplo y junto a otras, la idea de “ecosistema” es imprecisa sin

el prefijo “socio” (véase Ellen y Fukui, 1996; Milton, 1997; Berkes y Folke, 1998; Descola y Pálsson, 2001), parece ser que los datos que actualmente se manejan han convencido a los más escépticos y evidencian definitivamente que la biosfera terrestre posee un fuerte carácter antropogénico, vislumbrándose ahora, más que nunca y en sentido negativo, el entrelazamiento o el desarrollo inextricablemente unido de “sociedad” y “medio ambiente” (Liu et al., 2007; Ellis, 2011). Cabe matizar, como bien apunta Escalera-Reyes (2018), que efectivamente no todas las actividades humanas en/sobre el entorno han de ser forzosamente negativas e, igualmente, que no toda la humanidad ha estado implicada en el deterioro ambiental (Sloterdijk, 2018: 9). Sin duda se trataría de observar en detalle la diversidad de casos, escalas, dimensiones, historias y ecologías particulares (Chakrabarty, 2014). Sin embargo, un recorrido por los fenómenos más conspicuos de dicho ensamblaje negativo visibiliza que las causas y los efectos del antropoceno desembocan en el “final, literalmente, de la naturaleza” que hoy conocemos, reajustando, incluso redefiniendo, “lo que significa la ‘vida’” (Alexiades, 2018: 39 y 42).

El cambio climático –y todo lo que ello implica- es el “resultado más espectacular y emblemático” de lo que venimos comentando (Arias Maldonado, 2016: 796-797), pero a él han de unírsele, entre otros muchos efectos que dan forma a la crisis socioecológica global, la desaparición de la “superficie virgen” –o poco influida por humanos- en el planeta, la pérdida de biodiversidad, la hibridación de organismos o la acidificación de los océanos, aspectos que suelen tener sus causas en actividades humanas como la urbanización, la agricultura industrial, las infraestructuras de transporte, el extractivismo minero, la modificación genética de los organismos o los avances tecnológicos (*ibidem*).

Ante este panorama que algunos consideran catastrófico (Stengers, 2015), este artículo se pregunta por cómo la antropología podría contribuir a comprender adecuadamente las relaciones socioecológicas particulares y específicas que se vienen dando en el contexto actual de crisis ambiental y, concretamente, cómo las herramientas teóricas y metodológicas que posee la disciplina pueden ser utilizadas para tal fin. En ese sentido, las vinculaciones que se producen entre seres humanos y otras especies no humanas suponen uno de los elementos clave a problematizar en la época del antropoceno, siendo un buen punto de partida desde el que analizar sus causas, efectos y consecuencias. Particularmente, la antropología está haciendo grandes esfuerzos por conocer cómo son las relaciones entre humanos y animales en diferentes lugares del planeta y cómo estas se insertan, responden o han sido modeladas por los cambios ambientales. Sin embargo, los animales (entendidos como una variante entre las especies) y las relaciones que con ellos se mantienen, a pesar de la centralidad que vienen teniendo en el plano político y social, no han ocupado las agendas de investigación antropológica –en términos de esa compleja centralidad- hasta hace relativamente poco tiempo, abriéndose ahora paso en un campo de conocimiento que históricamente ha negado su crucial papel en la conformación de las diversas realidades humanas.

Trayendo a los animales al centro de nuestras preocupaciones y considerándolos sujetos importantes en la construcción de los mundos sociales humanos, con este trabajo teórico invitamos a reflexionar sobre la pertinencia de adoptar una mirada que vaya “más allá de lo humano” como una forma, entre otras muchas, de dar cabida a la complejidad de relaciones socioecológicas particulares que se sostienen en el nuevo escenario ambiental que estamos presenciando a nivel global. Para ello, en un primer momento, las cuestiones girarán sobre el lugar que mantienen las especies en los debates medioambientales y cómo la categoría de “especie” puede ser útil no solo para analizar las realidades socioecológicas, sino también para cuestionar las premisas básicas de la antropología y otras disciplinas afines de carácter humanista. Posteriormente nos centraremos en cómo se está abordando el estudio de las relaciones humano-animales en su amplia diversidad temática. En los últimos años este campo de investigación ha experimentado un auge sin precedentes en ciencias sociales y humanidades, lo cual ha posibilitado una ingente producción académica que explora otros caminos a través de los cuales se ponen de manifiesto los factores que modelan, como grupo social, nuestra percepción, pensamiento y actuación sobre/con los animales y el medio ambiente. A renglón seguido expondremos las contradicciones y críticas que el llamado “giro animal” está teniendo en la disciplina antropológica para, finalmente, detenernos en revisar algunos casos de investigación aplicada a las relaciones entre seres humanos y animales en el contexto ecológico actual, los cuales supondrán la base para resaltar las virtudes que la etnografía tiene, a diferencia de otros métodos, en este campo de estudio.

2. LA “ENCRUCIJADA AMBIENTAL” Y LA CUESTIÓN DE LAS ESPECIES

Dentro del nuevo escenario global de crisis ambiental que hemos delimitado anteriormente, uno de los aspectos que más preocupa es la pérdida y extinción de las especies¹. No son pocos los estudios que analizan las dinámicas de vida y muerte de diversas especies no humanas en el contexto del antropoceno y a lo largo del planeta (Locke y Münster, 2015: 33-34). Básicamente se centran en cómo las acciones antrópicas provocan (o han provocado) el rápido colapso de los procesos socioecológicos en los cuales se insertan determinadas especies de plantas o animales para, con ello, cuestionar las formas de proceder del ser humano como agente transformador del medio ambiente

1. De hecho, las alteraciones en la biodiversidad planetaria, y específicamente la desaparición acelerada de especies, es uno de los criterios que se están evaluando por las comisiones científicas internacionales para poder concluir que el antropoceno es un momento histórico, ecológico y geológico “marcadamente distinto a la época estable del Holoceno de los últimos 11.700 años” en la que se desarrolló la civilización humana (Trischler, 2017: 47-48).

y como principal “administrador” del planeta (Chrulew, 2011; Rose y Van Dooren, 2011; Ceballos et al., 2015; Lorimer, 2015)².

En estos trabajos se resalta de manera central la necesidad de pensar el medio ambiente como “multiespecífico”, es decir, conformado inevitablemente por variadas especies que se “ensamblan” entre sí a través de encuentros “multisituados” en el contexto de relaciones distribuidas más amplias que conforman el todo medio ambiental que hasta ahora hemos conocido (Van Dooren, 2011; Jaclin, 2013; Kirksey, Shapiro y Brodine, 2013; Lestel, 2013). Donna Haraway (2011: 114) plantea esta cuestión bajo la premisa básica de la “relacionalidad”, afirmando que el mundo está conformado por una gran diversidad de “seres vivos en ecologías anudadas y dinámicas”. Sin embargo, esta diversidad de relaciones, tipos de ensamblajes, especies y ecologías se encuentra en una posición vulnerable en la época del antropoceno, principalmente porque se sugiere que en su seno se está llevando a cabo una “homogeneización de las formas en que los seres humanos y las sociedades se relacionan con la naturaleza, de manera que las variaciones locales son ya menos relevantes que el proceso global de hibridación sicionatural” (Arias Maldonado, 2016: 801).

Efectivamente, podría decirse que la imparable homogeneización de los procesos ecológicos en el antropoceno plantea un escenario reduccionista y simplificado en lo que se refiere a las formas de vida sobre la faz de la tierra o las intersecciones que se producen entre ellas, algo que va en paralelo a otras dinámicas sociales –fundamentalmente de cariz económico, político y epistemológico- desencadenadas por el auge de la globalización y la universalización del capitalismo (*ibidem*). El resultado general de todo ello, a nuestro juicio, esboza varios interrogantes y abre el camino hacia discusiones muy interesantes en el plano intelectual, a saber: la continuidad o no de la histórica preponderancia de la especie humana como objeto de estudio; la vigencia o decadencia de las categorías taxonómicas como forma de entender las relaciones ecológicas entre especies; o el debate sobre la forma en que se aborda desde las ciencias sociales, aunque particularmente desde la antropología, el lugar de las especies –o más bien las experiencias, encuentros y relaciones interespecies- en el marco de la “encrucijada ambiental” que delinea el antropoceno.

2. Hay que decir que no todos los trabajos realizados sobre las relaciones que se producen entre humanos y otras especies no humanas en el contexto ambiental contemporáneo se limitan a estas cuestiones críticas (véase Cassidy, 2012). Sin embargo, como señala Miguel Alexiades (2018: 39), “ciertas acciones antrópicas están generando índices de extinción entre cien y mil veces superiores a la tasa natural, posiblemente los mayores niveles en 65 millones de años”, lo que provoca que la pérdida y extinción de especies sea un tema capital dentro de los discursos sobre el antropoceno.

En congruencia con la primera cuestión planteada anteriormente, muchos autores y autoras abogan por lo que Clark (2014: 25) denomina el “descentramiento” de la humanidad, una idea que confía en que la realidad pueda ser pensada de forma menos antropocéntrica, redundando en el debate de si la especie humana posee singularidad y preeminencia sobre las otras en este nuevo contexto de hibridación sicionatural. En ese sentido y de manera paradójica, el antropoceno demanda la atención simultánea de un enfoque centrado en el ser humano al mismo tiempo que exige desviar la mirada hacia una humanidad que hoy más que nunca puede definirse desde su relación con otras especies. Este movimiento supone un desafío para la epistemología humanista en la que convencionalmente se ha construido la antropología y otras disciplinas de las ciencias sociales, generalmente basadas en oposiciones dualistas que tendían a separar, a la manera cartesiana, al ser humano de la naturaleza o de otras especies no humanas (Van Dooren, Kirksey y Münster, 2016), sirviendo estas como contrapunto para definir “lo humano” en su amplia y diferentes manifestaciones socioculturales.

A tenor de todo ello, no es casualidad que las tesis que se manejan para definir y pensar en el antropoceno hayan encontrado amparo académico entre posthumanistas y ciertas filosofías postestructuralistas, esforzándose en apaciguar lo que Giorgio Agamben denomina la “maquinaria antropológica” (2010: 41-53), un histórico proyecto intelectual que reduce lo humano al rechazar cualquier atisbo de su naturaleza conformada en relación a otras especies no humanas. Cuestionar la arquitectura conceptual del humanismo supone desmitificar la excepcionalidad que el ser humano ha tenido en la construcción de los relatos académicos sobre el mundo (Deleuze y Guattari, 1987; Derrida, 2002; Viveiros de Castro, 2004; Descola, 2013), pero también implica difuminar las fronteras entre “naturaleza” y “sociedad”, entre “objeto” y “sujeto”, otorgando preponderancia y capacidad de agencia a otros seres no humanos, ya sean animales, plantas, bacterias, virus, androides o los híbridos de todos ellos (Badmington, 2003; Wolfe, 2010). Reconstruir los soportes fundacionales del *anthropos* es una consecuencia lógica e inherente a la preocupación ambiental actual que considera que seres humanos y otras especies no humanas comparten un mismo devenir en el planeta (Livingston y Puar, 2011). Por ello, dicen algunos autores, pensar “más allá de lo humano” es un ejercicio necesario y oportuno en la actualidad (véase Kohn, 2007; Ingold, 2013). Bruno Latour se manifiesta en estos términos planteando que:

“El punto de vivir en la época del antropoceno es que todos los agentes comparten el mismo destino que cambia de forma. Un destino que no se puede seguir, documentar, decir y representar mediante el uso de cualquiera de los atributos asociados con la subjetividad o la objetividad. Lejos de tratar de ‘conciliar’ o ‘combinar’ la naturaleza y la sociedad, la tarea política fundamental es, por el contrario, distribuir la agencia tan lejos y de una forma tan diferenciada como sea posible, hasta que hayamos

perdido por completo cualquier relación entre estos dos conceptos de objeto y sujeto, que no son más de interés, excepto patrimonial [...] Vivir con un mundo que no ha sido previamente des-animado hará una gran diferencia para los [habitantes] de la Tierra” (Latour, 2014: 17).

Pero si bien es necesario cuestionarse la prevalencia de “lo humano” en la epistemología social y quizás para ello debemos trazar relatos –digamos- más “inclusivos” que ahonden en cómo las categorías históricas pierden vigencia analítica en el marco del antropoceno, hay quien entiende que, ambiguamente, abolir ciertas categorías sería un error dado que oscurecería la distancia crítica y reflexiva que necesariamente se debe mantener para seguir reajustando las propuestas de investigación a los tiempos de crisis ambiental (Arias Maldonado, 2017: 144). Este es el caso de la noción de “especie”, la cual se posiciona en el corazón de los debates actuales sobre las relaciones socioecológicas (véase Dupré, 1992; Kirksey, 2015; Yate-Doerr, 2015).

A pesar de la deposición del concepto que reclama Tim Ingold (2013: 19-20), quien considera que la idea de “especie” puede llegar a ser la quintaesencia del modelo ontológico occidental y academicista que aleja a los seres humanos de otros seres vivos, continuar pensando en términos de “especie” puede ser productivo en la actual “encrucijada ambiental” porque se articulan diferencias y similitudes entre entidades vivas (Haraway, 2008), vinculando diversos seres con tipos de relaciones. Esto no quiere decir que se “descuiden” las singularidades de cada ser vivo con el que los seres humanos se relacionan por supeditar sus competencias a la categoría genérica de la especie a la que pertenece (Lestel, 2011: 88), sino más bien se trata de resaltar cómo los límites que definen sus atributos, aspectos, imágenes o cualidades están modelados, alterados y cargados de cultura, de ideologías, de intereses, de políticas (Kirksey, 2015; Benson et al., 2017; Despret, 2018)³.

El concepto de “especie”, por ello, no debe ser tomado como “identidad genealógicamente mapeable, sino como una coherencia situada en medio de divisiones y conexiones siempre en transformación” (Yate-Doerr, 2015: 309). Las especies están supeditadas a su consideración humana y, por ello, a su valoración cultural (Dupré, 1981). En ese sentido, mantener intacta a nivel de pensamiento la idea de “especie” –en términos esenciales- puede informar críticamente sobre las prioridades de los diferentes grupos humanos en relación a otros seres no humanos, por ejemplo: qué especies se eligen conservar, por qué, por cuánto tiempo o para quién (Ellen, Parkes y Bicker, 2000). Al fijar la categoría de “especie” como herramienta epistemológica y analítica no se está

3. Gran parte de estas reflexiones también se sostienen desde los “estudios de ciencia, tecnología y sociedad” (véase a modo de ejemplo Mol, 2002), los cuáles han proporcionado conceptos, herramientas y teorizaciones que permiten comprender cómo las culturas científicas modelan a través de sus prácticas y discursos las taxonomías de especies.

apostando por el mantenimiento de una visión técnica que estanque a los diferentes seres en nomenclaturas científicas y catálogos taxonómicos, sino precisamente en ofrecer la oportunidad de reconocer la diferencia, en delinear la convergencia o las conexiones globales de la biodiversidad (Tsing, 2004). Si la noción de “especie” no mantuviese su estatus como marcador de la diferencia en las relaciones ambientales, quizás correríamos el riesgo de auspiciar la homogeneización socioecológica de la que se pretende huir al ocultar las marcas distintivas de la biodiversidad.

¿De qué manera, por tanto, pueden ser abordadas las relaciones que los seres humanos mantienen con otras especies no humanas dentro del panorama actual del antropoceno? Lestel y Taylor (2013) o Faier y Rofel (2014), por ejemplo, abogan por la producción constructivista de un conocimiento relacional que dé cuenta de cómo los mundos humanos y no humanos se entretajan mutuamente a partir de los “encuentros” entre distintas especies. Para ello, matizan, es preciso reconocer cierta “agencia significativa” en los otros no humanos que permita vislumbrar cómo la vida humana se redistribuye a través de otras criaturas, pero también cómo las vidas de estas están estrechamente ligadas a las nuestras. Como afirma Anna Tsing (2013: 46), “ningún organismo puede llegar a serlo sin la ayuda [intervención] de otras especies”.

Esto, por un lado, implicaría dejar de reducir la “naturaleza” a un mero recurso conceptual o como la base material del mundo humano, poniendo en primer plano de existencia y de descripción a los seres humanos “junto a” otras especies (Latimer, 2013: 93). Sin embargo, por otro, también supone adoptar una serie de recursos que suelen salirse fuera de los históricos marcos conceptuales de las ciencias sociales y las humanidades. Al fijarnos en los “encuentros más que humanos”, los debates ya no se producen en torno a cómo los seres humanos interpretan el mundo, sino más bien se discute sobre cómo el mundo es construido a través de las relaciones entre especies. Por ello y como recuerda Eduardo Kohn (2007), se necesita un marco de análisis que mire otras dimensiones, con otras herramientas, que hasta ahora habían sido confinadas a las disciplinas particulares, intersectando o entrecruzando, por ejemplo, la etnografía con la etología y la geografía (Lestel, Brunois y Gaunet, 2006), o con el bioarte, el cine, la epidemiología, la arquitectura, etc. (Locke y Münster, 2015).

De ello nos ocuparemos a continuación y observaremos cómo la antropología, disciplina comprometida con los procesos de cambio social y ambiental, viene abordando estas cuestiones, concretamente a través de las relaciones que los seres humanos mantienen con otros animales al entender a estos como un tipo particular de especie no humana. Su justificación proviene de la importancia que tanto para la academia como para la sociedad actualmente tienen los procesos relacionales que vinculan a seres humanos y

animales. La cuestión animal ha llegado a un nivel de debate tan profundo que hace dos décadas sería inimaginable, pudiendo decirse sin lugar a dudas que es uno de los pocos temas que viene definitivamente disolviendo las fronteras entre la ciencia y la sociedad. No obstante, la antropología ha tenido un interés de larga data sobre el manejo humano de los animales bajo condiciones ambientales cambiantes, dando cuenta de la diversidad de “encuentros” e interacciones entre ellos, por lo que un acercamiento a dichas relaciones puede ayudarnos a comprender no solo cuáles han sido los mecanismos que han posicionado a los animales en el primer plano de las investigaciones, sino también para poner de manifiesto el cambio de percepción, pensamiento y actuación sobre/con los animales y el medio ambiente.

3. LA ANTROPOLOGÍA MIRANDO A LA ALTERIDAD ANIMAL NO HUMANA

La antropología no ha descuidado las relaciones que los seres humanos mantienen con otras especies no humanas a lo largo del planeta, aunque particularmente las que se producen entre humanos y animales podría decirse que suponen un universal cultural (véase Kalof y Fitzgerald, 2007; Flynn, 2008; Serpell, 2008; DeMello, 2012b; o Marvin y McHugh, 2014 como un ejemplo de ello). No conocemos sociedades donde, de alguna u otra forma, la relación entre seres humanos y animales no se produzca. El arco de posibles relaciones que se abre tras esta afirmación es descomunal si comenzamos a incluir en ellas variables de tipo cosmológico-religioso, económico, político o ambiental. Es ciertamente por eso que en la historia de la disciplina encontramos que las relaciones entre seres humanos y animales se han representado de diversas maneras o se les han dado distintas interpretaciones, pero en cualquier caso todas quedaban supeditadas a un marco humano de significado cultural que ha facilitado que las mismas puedan ser conceptualizadas desde un punto de vista social. Brian Morris (2000: 19) lo expone de este modo:

“Desde la aparición de los humanos modernos y la cultura humana hace unos 100.000 años, los humanos y los animales han coexistido en estrecha proximidad. De hecho, los humanos y los animales han compartido durante mucho tiempo el mismo mundo de la vida, y la relación entre humanos y animales siempre ha sido compleja, íntima, recíproca, personal y crucialmente ambivalente. Los humanos siempre han reconocido su continuidad con los animales como sus diferencias fundamentales”.

Existen muchos precedentes clásicos entre los cuales los animales han tenido la suficiente importancia como para ser calificados de “actores” principales en la construcción de los mundos sociales humanos. Piénsese, sin ánimo de ser exhaustivos, en el trabajo de Evans-Pritchard ([1940] 1977) sobre los Nuer del Sudán, donde el ganado bovino es central para la vida social de estos pueblos; o en las investigaciones de Lévi-Strauss (1965) acerca

de cómo ciertos animales servían de principio clasificatorio de pensamiento –si eran buenos o no para pensar- en muchas sociedades nativas americanas; o en los estudios de Harris (1989) sobre la pertinencia material de ciertos animales –si eran buenos o no para comer- en distintas sociedades dependiendo del marco normativo, político o religioso; o en las interpretaciones de Geertz (1992) sobre la riña de gallos en Bali; o en las categorías de Leach (1989) sobre los animales en Inglaterra y Birmania; o en la centralidad de los cerdos en los trabajos de ecología de Rappaport (1984); o en los trabajos Caro Baroja (1974), Pitt-Rivers (1983) o Garry Marvin (1988) sobre la importancia de las corridas de toros en la Península Ibérica.

Las relaciones que los seres humanos mantienen con los animales no son estáticas ni homogéneas a lo largo del tiempo ni transculturalmente. Mientras que muchos animales aparecen en prácticas rituales, insertos en sistemas cosmológico-religiosos o en tradiciones orales, otros lo hacen en su sentido más material como peligros, como nutrientes, como vehículos, como mercancías. Lo interesante de ello sería observar cómo la antropología ha otorgado valor analítico desde el primer momento a esas relaciones dada la importancia que para las sociedades humanas han tenido las vinculaciones con otros animales (Mullin, 1999). Sin embargo, en la mayoría de los relatos etnográficos clásicos los animales han aparecido como “meros símbolos, recursos o antecedentes para la vida de los humanos” (Van Dooren, Kirksey y Münster, 2016: 6), es decir, como elementos subsidiarios de las prácticas, los discursos y la simbología (Kirksey y Helmreich, 2010: 550), degradados en fábulas, folklores y cuentos, o utilizados como cosas alegóricas o míticas (Fairhead, 2016: 365), pero a penas como sujetos capaces de construir realidades, actividades o prácticas junto a los seres humanos.

Es a finales del siglo pasado cuando desde la antropología se empieza a abandonar el estudio de los animales como “metáfora, taxonomía y sacrificio” (Shanklin, 1985: 379) para intentar comprenderlos como sujetos que se encuentran de manera activa en el mundo “para vivir con” (Haraway, 2003: 5) los seres humanos, esto es, para “convivir” dentro de una realidad co-constitutiva que no podría ser comprendida sin la presencia del otro (Cruzada, 2017) o de las relaciones que mantienen entre sí (Marvin y McHugh, 2018). Este cambio de perspectiva que trae a los animales desde los márgenes de la disciplina al corazón de las preocupaciones antropológicas –que los transforma de *objetos pasivos* de las investigaciones a *sujetos activos* en la relaciones- se ha venido recogiendo en los últimos años bajo la rúbrica de “giro animal” o “estudios humano-animales” –HAS

por sus siglas en inglés- (Simmons y Armstrong, 2007; Ritvo, 2007; Andersson et al., 2014; Marvin y McHugh, 2014), un proyecto teórico que sobrepasa la antropología⁴.

Con esta nueva mirada se pretende agitar radicalmente los debates sobre la influencia de los animales en la vida humana al visibilizar las dimensiones sociales de las interacciones entre humanos y animales (Mullin, 1999: 219), es decir, observando y explorando cómo la vida animal se entrecruza con las sociedades humanas (DeMello 2012b: 4). Para ello suele recurrirse a marcos teóricos y herramientas conceptuales de disciplinas que tienen a los animales como su objeto principal de estudio, como la etología, la biología, la zoología o la primatología, siempre con la intención, suelen afirmar sus exponentes, de presentar realidades complejas a través de otros seres que, aunque siempre estuvieron ahí para estudiarlos, nunca se consideraron verdaderos actores en auténticas interacciones sociales (Sanders, 2007: 320-321)⁵.

Una definición sugerente del campo de estudio para la antropología la aportan Garry Marvin y Susan McHugh, quienes afirman que:

4. Es importante matizar que este movimiento se viene dando desde hace casi tres décadas bajo distintas nomenclaturas (antrozología, estudios animales, estudios de las relaciones humano-animales, estudios críticos animales, etnozología) cada una basada en diferentes perspectivas ético-político-académicas. Los autores de este artículo se adhieren a la nomenclatura “Human-Animal Studies” porque, para nosotros, esta da énfasis a las conexiones y relaciones entre seres humanos y otros animales. Aquí el guión enlaza a humanos y animales y, como en los textos dramáticos griegos, se entiende que el mismo representa a los actores hablando al unísono o juntos en uno (*together in one*). A pesar de los debates entre académicos sobre el nombre adecuado para este campo, hay una gran riqueza de estudios, los cuales se realizan desde una amplia gama de disciplinas en humanidades y ciencias sociales como la sociología, la historia, la arqueología, la literatura, la filosofía, la psicología, el derecho o la geografía humana. Véase DeMello (2012a) para una complicación bibliográfica sobre la temática.

5. Aunque el campo de estudio de las relaciones entre seres humanos y animales ha ganado mucha atracción en los últimos años y, como hemos visto, las disciplinas donde se desarrolla son variadas, el mismo tuvo gran expansión tras el trabajo en filosofía y ética de Tom Regan y Peter Singer (1976) sobre la “liberación animal”. Este ámbito de trabajo es muy prolijo actualmente, se inserta en las arenas del activismo político por los derechos de los animales desde una “ética anti-esencialista” y “antiespeciista” (véase, para una compilación en castellano, a Rodríguez Carreño, 2012), y ha marcado severamente la opinión pública gracias a que muchas de estas investigaciones se presentan en formatos de divulgación accesibles para el gran público (véase Herzog, 2012).

“Los estudios humanos-animales, un campo académico que ha crecido exponencialmente en la última década, explora los porqués, los cómo y los qué de las relaciones entre humanos y animales: por qué los animales están representados y configurados de diferentes maneras en las culturas y sociedades humanas de todo el mundo; cómo se imaginan, experimentan y se les da un significado; qué podrían decirnos estas relaciones sobre el ser humano; y qué podrían mejorar estas relaciones para el bien de los individuos así como de las comunidades implicadas [...] En los estudios entre humanos y animales, la investigación y el enfoque intelectual se centra en cómo los animales se fijan y se configuran en los mundos humanos, pero estos mundos se forman a través de las relaciones que los humanos comparten con los animales. ¿Por qué el estudio de este mundo humano-animal podría merecer la atención académica? En pocas palabras, porque los animales –aunque no todos, y no todos por igual– son esenciales en y para las sociedades humanas. Los mundos humanos están contruidos sobre vidas y muertes animales, tanto conceptual como físicamente. Es difícil imaginar cómo podríamos marcarnos como humanos sin otros animales, ya que nos hemos convertido en humanos junto con otros animales. Pero esto es en realidad más “entre” que “al lado” –en el sentido de humanos y animales viviendo vidas paralelas pero separadas– ya que, desde el principio, estas fueron vidas que siempre han estado y siguen estando profundamente entrelazadas” (Marvin y McHugh, 2014: ii y 1).

Siendo tan ubicuas y diversas nuestras relaciones cotidianas con los animales, las áreas específicas de investigación donde se vienen aplicando este tipo de trabajos giran en torno a: 1) el análisis de las variadas formas en las que los animales son usados por las sociedades humanas (comida, ropa, espectáculo, mascotas, comercio, vehículos, compañeros de trabajo, etc.), 2) el estudio de las interrelaciones complejas y los procesos mutuamente influyentes en la domesticación de animales, su sentido, sus causas y consecuencias, así como la comparación transcultural, 3) las relaciones de parentesco-distancia, amistad-enemistad, filias-fobias, admiración-odio hacia/con los animales, 4) la evaluación de cómo los animales aparecen en las creencias, en las artes plásticas, en la música, en el folklore, en sistemas religiosos o en la literatura y qué implicaciones tienen en las actividades y prácticas humanas, 5) la observación de cómo los animales aparecen y/o participan en los rituales religioso-festivos y su papel dentro de ellos, 6) el análisis de las interacciones de los seres humanos con animales “salvajes” a través de las muy variadas prácticas y actividades que involucran a ambos, 7) el examen biosemiótico y comunicativo de las relaciones entre humanos y animales, 8) el estudio de los cuidados de los animales en sus diversas modalidades y viceversa, 9) el análisis de las relaciones terapéuticas y médicas entre humanos y animales, 10) el análisis de las dimensiones morales, éticas o filosóficas que entrañan las relaciones entre humanos y animales, 11) la evaluación de los factores que influyen en las clasificaciones y categorías humanas de

los animales, 12) el examen de las relaciones entre humanos y animales en contextos de conservación, conflictos ecológicos o crisis ambiental, así como 13) el estudio de la transmisión de enfermedades entre humanos y animales en su relación (zoonosis), entre otros muchos⁶.

La llegada de los animales a las ciencias sociales ha abierto, sin duda, una brecha en los modos de realizar las investigaciones que hasta ahora habíamos conocido, ya que conllevan una apertura intelectual entre diversas disciplinas que, como señala Buller (2013: 3), pueden dar lugar a novedosas y muy interesantes “comunidades académicas emergentes [donde los animales importan] individual y colectivamente, material y semióticamente, metafórica y políticamente, racional y afectivamente”. Si realmente se quiere comprender qué es lo que sucede en los encuentros entre humanos y animales, añaden Marvin y McHugh (2014: 2), se requieren enormes compromisos creativos e intelectuales, siendo necesario además “prestar mucha atención a las experiencias vividas así como a la naturaleza imaginaria de las relaciones”.

Y es que, efectivamente, y esto se toma como una primera crítica específica, es importante recordar a quienes estudian las relaciones entre seres humanos y animales que “no podemos hablar, escribir, ni siquiera pensar en los animales en ningún sentido excepto en el contexto de los humanos, aunque solo sea porque nunca podremos alejarnos de nosotros mismos” (*ibidem*). En vena similar se elaboran otra serie de argumentos que cuestionan el carácter antropocéntrico de estos trabajos, ya sea a nivel terminológico o en el plano conceptual. Por ejemplo, Kirksey y Helmreich (2010) señalan que la denominación “humano-animal” sigue dando prevalencia a los humanos sobre otras especies no humanas porque se especifica que existe una especie humana frente al genérico “animal”, con lo que “puede dar la impresión que los humanos están separados

6. Para la temática que nos ocupa y como hemos venido comentando en el apartado anterior, el estudio de las relaciones humano-animales bien podría aplicarse en el contexto del antropoceno para comprender de manera aproximada cómo se canaliza culturalmente, por ejemplo, la pérdida de ciertos animales en contextos particulares, o analizando cómo las interacciones humano-animales se ven modificadas debido a los cambios en el clima, o cómo surgen muchas nuevas relaciones en lugares donde las condiciones socioecológicas se colapsan o se destruyen (véase Kirksey, Shapiro y Brodine, 2013; Tsing, 2014). Más allá de ello, piénsese en la importancia que tienen, por ejemplo y para el contexto de esta revista, las relaciones humano-animales en Andalucía, especialmente en algunas prácticas y rituales históricos como las corridas de toros, la caza en cualquiera de sus modalidades, la pesca artesanal, la cría y doma para el uso festivo de los équidos, el “silvestrismo” (la captura y el cuidado en cautividad de pájaros camperos, especialmente de la familia de los fringílidos), o el uso de los cerdos en la cultura gastronómica, entre otras muchas. Con esto solo queremos reseñar cómo la investigación de las relaciones que se producen entre seres humanos y animales pivotan sobre el núcleo de las formas de vida de la gente y un examen de las mismas se presenta, cuanto menos, necesario, oportuno y justo.

de los animales, que los humanos están fuera de o incluso contrapuestos a la categoría de ‘animal [y esto] puede reforzar la idea del excepcionalismo humano’” (Knight, 2018: 1). Por su parte, Watson (2016: 162) apunta que los relatos acerca de los animales realizados por los humanos siempre serán antropocéntricos, lo que no quiere decir que esto sea negativo, sino que habría que pulir mucho la posición humana en las descripciones etnográficas.

A nivel epistemológico, muchos trabajos señalan que este interés por los animales en ciencias sociales no es más que un síntoma de los procesos que conforman el marco de la condición posmoderna, a saber: misantropía, riesgo e inseguridad ontológica (Franklin, 1999: 3). Watson (2016: 159-160) alude, más o menos, a las mismas causas señalando que preocuparse por los animales actualmente es tan solo una etiqueta que suple una inquietud mucho mayor del ser humano, pues se utilizan a los animales para manifestar las incertidumbres sobre el futuro humano a modo de “obra mitológica” con el intento de contrarrestar los efectos catastróficos del industrialismo tardío. Por ello, se concluye, apropiarse de un mundo no humano para superar el “presente humano arruinado” viene a decirnos que “el fin de la historia ha llegado no como el fin de la historia *económica* sino como el fin de la historia *natural*” (Watson, 2016: 161-162). Sin lugar a dudas, podemos decir que los animales están teniendo una función discursiva central en los debates sobre “naturaleza” en lo que llevamos de siglo.

A nivel analítico, por su parte, se critica que los trabajos que se ocupan de las interacciones entre humanos y animales no suelen tener en cuenta las relaciones ecológicas más amplias, centrándose solo en las que vinculan a los humanos con una sola especie animal, de modo que suelen caer en la dinámica dicotómica de “depredadores y presas, parásitos y huéspedes, investigadores e investigados, socios simbióticos o vecinos indiferentes (Van Dooren, Kirksey y Münster, 2016: 3-4). Igualmente se señala que muchas de estas investigaciones (especialmente aquellas que se realizan desde la ética y la filosofía de la liberación animal) anticipan “simetrías” entre humanos y animales que no tienen por qué existir y que, por lo demás, suelen caer en la contradicción de considerar a los animales como “seres sociales menores de edad que necesitan ser protegidos” (Coca, Cáceres y Valcuende, 2018: 4).

Por último, una crítica de carácter histórico apunta que aquellos trabajos que quieren rehabilitar la agencia animal y, por tanto, tratarlos como actores en las relaciones, se basan en la premisa de que la ciencia social ha clasificado a los animales de manera errónea al ser heredera del modelo cartesiano de máquina animal, pero esta idea es históricamente inexacta pues, aunque suele pasar desapercibido, las ciencias sociales reconocieron desde el principio (especialmente a través de las obras que rescataron el “modelo natural” para la explicación social) que muchos animales tenían subjetividad

y una mente bastante compleja y, de ese modo, se estableció una continuidad con el ser humano (véase Darwin, [1872] 2009; Guillo, 2015: 116-117).

En cualquier caso y a pesar de las críticas (imprescindibles para un campo académico emergente), el estudio de las relaciones que se producen entre seres humanos y animales puede servir, así lo creemos, como ventana para explorar relaciones ecológicas más amplias, especialmente en el contexto del antropoceno. De hecho, y de ello nos ocuparemos a continuación, la etnografía de las relaciones humano-animales puede contribuir de manera efectiva al mejor entendimiento de las dinámicas de los procesos socioecológicos cambiantes en la actual “encrucijada ambiental”. Sin embargo, la etnografía aplicada a estos asuntos ha de ser cautelosa y no caer en un “delirio interpretativo [que se centre] más en las representaciones que en las prácticas” (Digard, 2012: 565), pues podrían deteriorarse las premisas básicas del método antropológico al no dar cuenta del funcionamiento del mundo práctico, lo que conllevaría una falta de empirismo (Cruzada, 2019). Se tornan necesarias, por tanto, las evidencias primarias que surgen en el campo de investigación a través de la etnografía (Marvin y McHugh, 2018).

4. HACER ETNOGRAFÍA DE LAS RELACIONES HUMANO-ANIMALES EN EL ANTROPOCENO

Los animales, suelen decir muchos cazadores con los que hemos realizado nuestros sendos trabajos de campo en el sur de Inglaterra y en el suroeste de Extremadura, “están en boca de todos”, refiriéndose con ello a que, de un modo u otro en la actualidad, los animales no solo son utilizados como comida, sino que con relativa frecuencia aparecen en los discursos y en los debates sociales (“más de lo que nos gustaría”, apuntillan muchos con sorna). El problema, concluyen, es que quienes invocan a los animales para animar las tertulias y consolidar sus dialécticas suelen estar muy alejados de los propios mundos de los animales que referencian y, por lo demás, la complejidad de las relaciones ecológicas en las que un animal se inserta suele reducirse o desplazarse al terreno de la ética y la moral.

Siguiendo este discurso de los cazadores, efectivamente la antropología que mire a las relaciones humano-animales ha de preocuparse por transitar el mundo práctico de los encuentros para poder hablar de ellos⁷. No solo la antropología, sino que cualquier disciplina que esté mínimamente preocupada por lo que ocurre en las intersecciones que los seres humanos mantienen con otros animales ha de conocer *empíricamente* cómo se desarrolla, dónde se *contextualiza* y qué *experiencias* similares se encuentran en la realidad que se está co-constituyendo en cualquier caso dado. En ese sentido, creemos que solo la etnografía, como método genuinamente antropológico y cualitativo, puede conseguir

7. Algo que, paradójicamente, no estamos haciendo nosotros aquí al querer presentar de manera teórica este campo de investigación ciertamente novedoso para la antropología española.

estos requerimientos, especialmente por su capacidad de observación, descripción densa y triangulación *in situ* de las relaciones, aunque también por la oportunidad que ofrece de realizar un seguimiento de las mismas a lo largo del tiempo, esto es, el compromiso de participar de la vida de la gente que se relaciona con determinadas especies animales: en fin, de experimentar, conocer y entender estos mundos socio-culturales desde dentro y no imaginarlos o criticarlos desde afuera. La etnografía, entendemos además, favorece “capturar la riqueza de lo íntimo mientras se mapean las trayectorias de conexión global” (Ogden, Hall y Tanita, 2013: 11) y esto, en el contexto del antropoceno, genera aproximaciones rigurosas a las dinámicas del cambio ecológico global.

Pero para ello, como dijimos, se necesita un marco de observación que se desprenda, en la medida de lo posible, de las herramientas de investigación construidas a partir de lo que se considera exclusivamente humano, de tal modo que ya no solo importa el lenguaje, sino lo que informan los cuerpos situados en los encuentros, no solo importa el parentesco, sino cómo los animales influyen en él, no solo importa las relaciones de producción y distribución, sino cómo los animales pueden llegar a modificarlas, no solo importan las relaciones de poder, sino cómo los animales sirven para sustentar las mismas, no solo interesan los efectos que las relaciones ecológicas tienen para las culturas humanas, sino cómo esas ecologías se conforman en la relación con otros seres no humanos, o no solo importan los sistemas de creencias, sino cómo los animales forman parte de las mismas.

Para eludir la abstracción teórica que con frecuencia suele darse en estos trabajos (dado que, como apuntaba Marvin y McHugh, 2014, somos los humanos quienes forzosamente tenemos que hablar por los animales) e intentar aproximarnos de manera fehaciente a lo que ocurre en la intersección humano-animal, proponemos adoptar un enfoque etnográfico constructivista, y –quizás- extremadamente fenomenológico, en el cual las interpretaciones estén estrictamente supeditadas a los procesos empíricos que se observan en, o se extraen de, la realidad investigada. Para ello, una buena proposición la realiza Digard (2012: 571-572), quien entiende que es necesario, entre otras cuestiones,

“el establecimiento riguroso y la descripción precisa [...] de un corpus de hechos que constituya la base de la etnología; también es a veces su fin porque la descripción meticulosa del cómo es suficiente para poner de manifiesto el porqué [y] distinguir entre las prácticas, que son realidades observables, y las representaciones, que son operaciones de pensamiento, que solo pueden transmitirse a través del discurso [...] Es, en esencia, volver al materialismo –a ese materialismo metodológico- lo que pido hoy”.

Apostar por la etnografía como método de investigación para el análisis de las relaciones entre seres humanos y animales supone enfocar las prácticas antes que los discursos o, como señalara Tim Ingold (2000), preocuparse y comprometerse con los sistemas de percepción, interpretación y actuación de los diferentes seres que se relacionan entre sí

en sistemas ecológicos particulares. Al hacer esto, empero, a menudo se corre el riesgo de encontrar justificaciones sociobiológicas sobre la representación de fenómenos puramente sociales (Kohn, 2007), sin embargo, es conveniente señalar que aproximarse comprometidamente a los animales no implica tener necesariamente un punto de vista sociobiológico, sino acercarse al campo de la acción, las relaciones y el comportamiento animal (Ingold, 1989). Dominique Lestel (2011: 88) ha señalado –y estamos de acuerdo con ello- que a veces “las cuestiones de la práctica tienen un estatus superior a las cuestiones de la ontología”. La realidad, efectivamente, tiene un marcado carácter fenomenológico, pero esta no es exclusivamente humana, sino que envuelve muchos fenómenos de los cuales solo una parte es humana. Por lo tanto, la etnografía de las relaciones humano-animales ha de poner el foco de atención en los procesos en los cuales “emergen” y se “encarnan” las relaciones (Kohn, 2007: 5-6), donde las mismas toman el carácter y la apariencia de realidad observable. Es aquí, precisamente, donde el estudio antropológico de las relaciones que se establecen entre seres humanos y animales puede informar de manera adecuada sobre las causas, los efectos, el impacto o las transformaciones particulares que está teniendo la época del antropoceno en diferentes lugares del planeta, y entre grupos diferentes de personas, así como también rastrear las responsabilidades o delimitar las acciones a tomar ante la palpable crisis ambiental.

A modo de ejemplo podemos citar el trabajo de Rebecca Cassidy (2012), quien evalúa diferentes etnografías de las relaciones humano-animales en el contexto de la actual “encrucijada ambiental”. Cassidy señala que, efectivamente, “los cambios en las relaciones humanas con los animales han sido uno de los principales marcadores de la creciente atención prestada al cambio climático en muchas regiones” (2012: 22). Con esta premisa, entendemos, se señala no solo el carácter fenomenológico de este tipo de etnografías, sino que reconoce implícitamente cómo las relaciones humano-animales pueden ser un buen punto de partida, muy específico, para mapear los cambios ambientales más amplios.

En este trabajo Cassidy (*ibidem*) identifica dos formas de proceder analíticamente al evaluar el impacto del cambio ambiental sobre las relaciones humano-animales. Por un lado se encuentran aquellas investigaciones que se centran en los efectos del estrés climático en las propias relaciones entre especies y en contextos vulnerables, especialmente en la gestión y organización social de las mismas, por ejemplo, en regiones áridas y semiáridas de África. En ellas, “las personas con medios de vida centrados en los animales que experimentan cambios menores en el clima pueden ver comprometida o incluso anulada la capacidad de sus animales para completar las funciones [ecológicas] existentes. Los efectos de un clima cambiante han sido comparados con los de la migración forzada” (Cassidy, 2012: 24).

Por otro, asegura, se está explorando el cambio climático como un proceso generado por relaciones históricas mundiales cuyos efectos se experimentan de manera desigual en diferentes regiones del planeta, especialmente en aquellas donde prevalece una cosmovisión animista sobre las relaciones ecológicas, como ocurre en ciertos contextos siberianos o amazónicos. En ellos las personas, los animales, los paisajes o el clima son aspectos de un entorno indiferenciado, espiritualmente vivo y animado, y la extinción de determinadas especies o la pérdida de biodiversidad “puede considerarse como una especie de crisis cosmológica inmediata, así como una pérdida de adaptaciones potenciales para el futuro” (Cassidy, 2012: 26). El trabajo de campo de Hugh Raffles (2002) también es paradigmático en ese sentido por articular delicadamente los “enredos” entre humanos y animales dando cuenta de cómo estos sostienen los sociecosistemas amazónicos en la “desconcertante inestabilidad” del mundo (*ibidem*: 27).

Hacer etnografía de las relaciones humano-animales en el antropoceno no solo permite considerar a los animales actores implicados en la construcción de los mundos sociales humanos, sino que adoptar una mirada que vaya “más allá de lo humano” facilita también comprender cómo en determinadas relaciones socioecológicas que se dan dentro del nuevo escenario global de crisis ambiental, tanto los humanos como los animales están afectados a partes iguales por las consecuencias del cambio climático, de la desaparición de la “superficie virgen” en el planeta, de la pérdida de biodiversidad, de las consecuencias de la urbanización descontrolada, de la arrolladora agricultura industrial o del extractivismo minero. La etnografía, entendemos, puede ser una muy buena herramienta que ayude a comprender de manera empírica y “desde abajo” todas estas cuestiones.

5. CONCLUSIONES

Contribuir al mejor entendimiento de la crisis ecológica global es una tarea ardua, dado que requiere movilizar una serie de recursos a menudo fuera del alcance unívoco que suele mantenerse desde el aislamiento disciplinar. Una vez identificadas, discutidas, así como desarrolladas las causas y efectos de nuestras acciones sobre el entorno, traer algunas herramientas conceptuales y metodológicas que permitan profundizar, desde otro punto de vista, en esa “encrucijada ecológica” a la que nos estamos enfrentando actualmente, demanda un ejercicio crítico que cuestione ciertas categorías analíticas consolidadas desde hace mucho tiempo en nuestro campo de investigación. Ese punto de vista bien podría ser desde las intersecciones que se producen entre seres humanos y animales, un lugar que supone el inicio fenomenológico y constructivista de relaciones ecológicas más amplias.

Sin embargo y como reconocemos en este texto, si bien el estudio antropológico de las relaciones humano-animales nos sitúa ante un espejo que permite identificar – tanto académicamente como a nivel de especie- el ingenuo antropocentrismo con el

que los seres humanos hemos pensado las relaciones ecológicas a lo largo del tiempo, desvela también ciertas carencias –quizás por su inmadura- en el plano epistemológico, metodológico y práctico. Faltan muchas cuestiones que abordar y otras tantas por pulir dentro de este ámbito de estudio, a saber: mitigar la carga ético-moral que proyectada desde el mundo humano se otorga a las relaciones entre especies (a menos que ello sea un objeto de estudio en sí mismo); reflexionar más y profundamente desde los mundos de las prácticas –donde los procesos ecológicos se materializan- antes que desde el universo de la ideología; cuestionar los núcleos fundamentales –quizás estructurales- de nuestra propia “cultura ecológica”; observar cómo se forjan distintas tradiciones intelectuales o se establecen distintos intereses en la legitimación del saber ambiental, así como entender ciertos modos de exclusión política o incluso formas de dominación a través de dichas relaciones (véase Despret, 2018).

A pesar de ello, el enfoque crítico y holístico de la antropología es especialmente valioso para comprender las dinámicas del antropoceno, pues, como ha señalado Crate (2011: 176), puede introducir dos cuestiones básicas pero muy importantes: el sentido de urgencia en lugares que a menudo quedan fuera del ámbito de estudios generales –esos “trabajos de sillón” que a veces obvian realidades particulares- mostrando la experiencia humana frente a los cambios ambientales y las preocupaciones locales en sus entornos; y, por otro, un nuevo nivel de reflexividad, dimensionado ya, que contrarreste el sesgo de los datos y los análisis cuantitativos procedentes de las ciencias naturales y que no suelen tener en cuenta elementos socioculturales. Ello exige un compromiso basado quizás en la transversalidad de las investigaciones o, si se quiere, en la interdisciplinariedad de la práctica antropológica. Por ello, podríamos decir que se requiere un compromiso “no antropológico” en temas que tengan que ver con las relaciones que se producen entre seres humanos y otras especies (aunque particularmente y para el caso que nos ocupa con animales), las cuales, sin duda, pueden englobarse en las llamadas “etnografías climáticas” (*ibidem*).

Entendemos que solo a través de un escrutinio comprometido con un proyecto que introduzca contribuciones cualitativas –y sociocultural e históricamente específicas- al estudio del medio ambiente, las cuestiones relativas al antropoceno (causas, efectos, decisiones, responsabilidades) pueden ser eficazmente analizadas. Sin embargo, los marcos de investigación y las herramientas tradicionales de la antropología han de ser reelaboradas para ajustarse a una realidad que se presenta de manera diferente a como hasta ahora la habíamos conocido, saliéndose fuera de los “límites del ser humano” para dar cabida a reflexiones que incorporen a otras especies junto a las cuales compartimos el devenir incierto del cambio ambiental.

La actual “encrucijada ambiental” tiene implicaciones culturales, por ello, si la cultura puede entenderse como la forma en que las poblaciones humanas perciben, experimentan

y actúan ante los mundos en los que viven, la antropología estaría estratégicamente bien posicionada para “interpretar, facilitar, traducir, comunicar, defender y actuar en respuesta a las implicaciones culturales de un cambio sin precedentes” (Crate, 2011: 178). Si el antropoceno exige una ética “de habitar este mundo con un espíritu de responsabilidad consciente ante la vida” (Van Dooren, 2012: 232), el lugar donde las vidas de los humanos y otras especies se cruzan biológica, cultural y políticamente debe pasar a formar parte de una etnografía comprometida con el medio ambiente. Con este artículo hemos pretendido hacer precisamente ello, lanzando el mensaje –quizás arriesgado– de que si bien el futuro es multiespecie o no será, la antropología ambiental igualmente ha de serlo.

BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio (2010) *Lo abierto. El hombre y el animal*. Valencia: Pretextos.

Alexiades, Miguel N. (2018) “La Antropología Ambiental: una visión desde el Antropoceno”. En Beatriz Santamarina, Agustín Coca y Oriol Beltrán (coords.) *Antropología Ambiental. Conocimientos y prácticas locales a las puertas del Antropoceno*. Barcelona: Icaria, Institut Català d'Antropologia, pp. 17-70.

Andersson, E., Björck, A., Jennbert, K. y Lönngrén, A. S. (eds.) (2014) *Exploring the Animal Turn. Human-Animal Relations in Science, Society and Culture*. Lund: Pufendor Institute for Advanced Studies.

Arias Maldonado, Manuel (2016) “El giro antropocénico. Sociedad y medio ambiente en la era global”. *Política y Sociedad* 53 (3), pp. 795-814.

_____ (2017) *Antropoceno. La política en la era humana*. Madrid: Taurus.

Badmington, Neil (2003) “Theorizing Posthumanism”. *Cultural Critique* 53, pp. 10-27.

Benson, E. S.; Braun, V.; Langford, J. M.; Münster, D.; Münster, U. y Schmitt, S. (2017) “Introduction”. En The Multispecies Editing Collective (ed.) *Troubling Species: Care and Belonging in a Relational World*. Munich: Rachel Carson Center, pp. 5-8.

Berkes, Fikret y Folke, Carl (1998) *Linking Social and Ecological Systems. Management Practices and Social Mechanisms for Building Resilience*. Cambridge: Cambridge University Press.

Buller, Henry (2013) “Animal Geographies I”. *Progress in Human Geography* (primera versión online, pp. 1-11).

Caro Baroja, Julio (1974) *Ritos y mitos equívocos*. Madrid: Istmo.

Cassidy, Rebecca (2012) “Live With Others. Climate Change and Human-Animal Relations”. *Annual Review of Anthropology* 41, pp. 21-36.

Castree, Noel (2014) “The Anthropocene and the Environmental Humanities: Extending the Conversation”. *Environmental Humanities* 5, pp. 233-260.

Ceballos, G.; Ehrlich, P. R.; Barnosky, A. D.; García, A.; Pringle, R. M. y Palmer, T. M. (2015) “Accelerated Modern Human Induced Species Losses: Entering the Sixth Mass Extinction”. *Science Advances* 1 (5), pp. e1400253.

Chakrabarty, Dipesh (2014) “Climate and Capital: On Conjoined Histories”. *Critical Inquiry* 41 (1), pp. 1-18.

Chrulew, Matthew (2011) “Managing Love and Death at the Zoo: The Biopolitics of Endangered Species Preservation”. *Australasian Humanities Review* 50, pp. 137-157.

Clark, Nigel (2014) "Geo-politics and the Disaster of the Anthropocene". *The Sociological Review* 62 (S1), pp. 19-37.

Coca, A., Cáceres, R. y Valcuende, J. M. (2018) "Human-Animal Sexual Relations and the Construction of Masculinity in Livestock Farming Contexts: The Case of Andalusian (Spain)". *Sexualities* 0 (0), pp. 1-18.

Crate, Susan A. (2011) "Climate and Culture: Anthropology in the Era of Contemporary Climate Change". *Annual Review of Anthropology* 40, pp. 175-194.

Crutzen, Paul J. y Stoermer, Eugene (2000) "The Anthropocene". *Global Change Newsletter* 41, pp. 17-18.

Cruzada, S. M. (2017) "Nosotros también somos indígenas: la vulnerabilidad del naturalismo en contextos occidentales de convivencia entre especies". *Etnografica* 21 (1), pp. 49-71.

_____(2019) *Encuentros de vida y muerte. Antropología transespecie y mundos ampliados entre cazadores y animales en el suroeste extremeño*. Tesis Doctoral. Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.

Darwin, Charles [1872] (2009) *The Expression of the Emotions in Man and Animals*. Londres: Penguin Classics.

DeMello, Margo (2012a) *Human-Animal Studies: A Bibliography*. Brooklyn: Lantern Books.

_____(2012b) *Animal and Society: An Introduction to Human-Animal Studies*. New York: Columbia University Press.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1987) *A thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Derrida, Jacques (2002) "The Animal that Therefore I am (More to Follow)". *Critical Inquiry* 28 (2), pp. 369-418.

Descola, Phillipe (2013) *Beyond nature and culture*. Chicago: University of Chicago Press.

Descola, Phillipe y Pálsson, Gísli (coords.) (2001) *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*. México: Siglo XXI.

Despret, Vinciane (2018) ¿Qué dirían los animales... si les hiciéramos las preguntas correctas?. Buenos Aires: Cactus.

Digard, Jean-Pierre (2012) "Le Tournant Obscurantiste en Anthropologie. De la Zoomanie á L'animalisme Occidentaux". *L'Homme. Revue Française d'Anthropologie* 203-204, pp. 555-578.

Dupré, John (1981) "Natural Kinds and Biological Taxa". *The Philosophical Review* 9, pp. 66-90.

_____ (1992) "Species: Theoretical Contexts". En Evelyn F. Keller y Elisabeth A. Lloyd (eds.) *Keywords in Evolutionary Biology*. Cambridge, MA: Harvard University Press, pp. 312-317.

Ellen, Roy y Fukui, Katsuyoshi (1996) *Redefining Nature: Ecology, Culture and Domestication*. Oxford: Berg.

Ellen, R., Parkes, P. y Bicker, A. (eds.) (2000) *Indigenous Environmental Knowledge and its Transformations: Critical Anthropological Perspectives*. Studies in Environmental Anthropology 5. Amsterdam: Harwood.

Ellis, Erle C. (2011) "Anthropogenic transformation of the terrestrial biosphere". *Philosophical Transactions of the Royal Society* 369, pp. 1010-1035.

Escalera-Reyes, Javier (2018) "¿Servicios de los ecosistemas o en los socioecosistemas?: Una mirada crítica al marco de los servicios ecosistémicos desde la Antropología. En Beatriz Santamarina, Agustín Coca y Oriol Beltrán (coords.) *Antropología Ambiental. Conocimientos y prácticas locales a las puertas del Antropoceno*. Barcelona: Icaria, Institut Català d'Antropologia, pp. 71-82.

Evans-Pritchard, Edward E. ([1940] 1977) *Los nuer*. Barcelona: Anagrama.

Faier, Lieba y Rofel, Lisa (2014) "Ethnographies of Encounter". *Annual Review of Anthropology* 43, pp. 363-377.

Fairhead, James R. (2016) "Termites, Mud Daubers and their Earths: A Multispecies Approach to Fertility and Power in West Africa". *Conservation and Society* 14 (4), pp. 359-367.

Flynn, Clifton P. (ed.) (2008) *Social Creatures: A Human and Animal Studies Reader*. New York: Lantern Books.

Franklin, Adrian (1999) *Animals and Modern Cultures. A Sociology of Human-Animal Relations in Modernity*. Londres: SAGE Publications.

Geertz, Clifford (1992) *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.

Guillo, Dominique (2015) "What Is the Place of Animal in the Social Sciences? The Limits to the Recent Rehabilitation of Animal Agency". *Revue Française de Sociologie* 56 (1), pp. 116-141.

Hamilton, C.; Gemenne, F. y Bonneuil, C. (eds.) (2015) *The Anthropocene and the Global Environmental Crisis: Rethinking Modernity in a New Epoch*. Londres: Routledge.

Haraway, Donna (2003) *The Companion Species Manifesto*. Chicago: Prickly Paradigm Pres.

- _____(2008) *When Species Meet*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- _____(2011) "Speculative Fabulations for Technoculture's Generations: Taking Care of Unexpected Country". *Australian Humanities Review* 50, pp. 95-118.
- _____(2015) "Anthropocene, Capitalocene, Plantationocene, Chthulucene: Making Kin". *Environmental Humanities* 6, pp. 159-165.
- Harris, Marvin (1989) *Bueno para comer. Enigmas de alimentación y cultura*. Madrid: Alianza Editorial.
- Herzog, Hal (2012) *Los amamos, los odiamos y los comemos. Esa relación tan especial con los animales*. Barcelona: Kairós.
- Ingold, Tim (1989) "An Anthropologist Looks at Biology". *Man (N.S.)* 25, pp. 208-229.
- _____(2000) *The Perception of the Environment: Essays in Livelihood, Dwelling and Skill*. Londres: Routledge.
- _____(2013) "Anthropology Beyond Humanity". *Suomen Antropologi/Journal of the Finnish Anthropology Society* 38 (3), pp. 15-23.
- Jaclin, David (2013) "In the (Bleary) Eye of the Tiger: An Anthropological Journey into Jungle Backyards". *Social Science Information* 52 (2), pp. 257-271.
- Kalof, Linda y Fitzgerald, Amy (eds.) (2007) *The Animals Reader: The Essential Classic and Contemporary Writings*. Oxford: Berg.
- Kirksey, Eben S. (2015) "Species: A Praxiographic Study". *Journal of the Royal Anthropological Institute* 21 (4), pp. 758-780.
- Kirksey, Eben y Helmreich, Stefan (2010) "The Emergence of Multispecies Ethnography". *Cultural Anthropology* 25 (4), pp. 545-576.
- Kirksey, S. E.; Shapiro, N. y Brodine, M. (2013) "Hope in Blasted Landscapes". *Social Science Information* 52 (2), pp. 228-256.
- Knight, John (2018) "Human-Animal Relations". En Hilary Callan (ed.) *The International Encyclopedia of Anthropology, 12 Volume Set*. New York: Wiley-Blackwell, pp. 1-8.
- Kohn, Eduardo (2007) "How Dogs Dream: Amazonian Natures and the Politics of Transspecies Engagement". *American Ethnologist* 34 (1), pp. 3-24.
- _____(2013) *How Forest Think. Toward an Anthropology Beyond the Human*. Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press.
- Latimer, Joanna (2013) "Being Alongside: Rethinking Relations Amongst Different Kinds". *Theory, Culture & Society* 30 (7-8), pp. 77-104.

- Latour, Bruno (2014) "Agency at the Time of the Anthropocene". *New Literary History* 45 (1), pp. 1-18.
- Leach, Edmund (1989) "Anthropological Aspects of Language: Animal Categories and Verbal Abuse". *Anthrozoös: A Multidisciplinary Journal of the Interactions of People and Animals* 2 (3), pp. 151-165.
- Lestel, Dominique (2011) "What Capabilities for the Animal?". *Biosemiotics* 4 (1): 83-102.
- _____ (2013) "The Withering of Shared Life Through the Loss of Biodiversity". *Social Science Information* 52 (2), pp. 307-325.
- Lestel, D., Brunois, F. y Gaunet, F. (2006) "Etho-ethnology and ethno-ethology". *Social Science Information* 45 (2), pp. 155-177.
- Lestel, Dominique y Taylor, Hollis (2013) "Shared Life: An Introduction". *Social Science Information* 52 (2), pp. 183-186.
- Lévi-Strauss, Claude (1965) *El totemismo en la actualidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Liu, J.; Dietz, T; Carpenter, S. R.; Alberti, M.; Folke, C.; Moran, E.; Pell, A. N.; Deadman, P.; Kratz, T.; Lubchenco, J.; Ostrom, E.; Ouyang, Z.; Provencher, W.; Redman, C. L.; Schneider, S. H. y Taylor, W. W. (2007) "Complexity of Coupled Human and Natural Systems". *Science* 317, pp. 1513.
- Livingston, Julie y Puar, Jasbir K. (2011) "Interspecies". *Social Text* 29 (1), pp. 3-14.
- Locke, Piers y Münster, Ursula (2015) "Multispecies Ethnography". En John L. Jackson (ed.) *Oxford Bibliographies in Anthropology*. Oxford: Oxford University Press. Disponible en <https://oxfordindex.oup.com/view/10.1093/obo/9780199766567-0130>.
- Lorimer, Jamie (2015) *Wildlife in the Anthropocene*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Marvin, Garry (1988) *Bullfight*. Urbana, Chicago: University of Illinois Press.
- Marvin, Garry y McHugh, Susan (eds.) (2014) *Routledge Handbooks of Human-Animal Studies*. London, New York: Routledge.
- _____ (2018) *Human-Animal Studies: Critical Concepts in the Social Sciences – 4 Volumes*. Londres: Routledge.
- Milton, Kay (1997) "Ecologies: Anthropology, Culture and the Environment". *International Social Science Journal* 49 (154), pp. 477-495.
- Mol, Annemarie (2002) *The Body Multiple: Ontology in Medical Practice*. Durham, NC: Duke University Press.

- Morris, Brian (2000) *Animals and Ancestors: An Ethnography*. New York: Berg.
- Mullin, Molly H. (1999) "Mirrors and Windows: Sociocultural Studies of Human-Animal Relationships". *Annual Reviews of Anthropology* 28, pp. 201-224.
- Ogden, L. A., Hall, B. y Tanita, K. (2013) "Animals, Plants, People, and Things: A Review of Multispecies Ethnography". *Environment and Society: Advances in Research* 4 (1), pp. 5-24.
- Pitt-Rivers, Julian (1983) "El sacrificio del toro". *Revista de Occidente* 36, pp. 27-47.
- Raffles, Hugh (2002) *In Amazonia: A Natural History*. Princeton: Princeton University Press.
- Rappaport, Roy (1984) *Pigs for the Ancestors: Ritual in the Ecology of a New Guinean People*. New Haven, Londres: Yale University Press.
- Regan, Tom y Singer, Peter (eds.) (1976) *Animal Rights and Human Obligation*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Ritvo, Harriet (2007) "On the Animal Turn". *Daedalus* 136 (4), pp. 118-122.
- Rodríguez Carreño, Jimena (ed.) (2012) *Animales no humanos entre animales humanos*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Rose, Debora Bird y Van Dooren, Thom (2011) "Unloved Others: Death of the Disregarded in the Time of Extinctions (Introduction)". *Australian Humanities Review* 50, pp. 1-4.
- Sanders, Clinton R. (2007) "Mind, Self, and Human-Animal Joint Action". *Sociological Focus* 40 (3), pp. 320-336.
- Serpell, James A. (2008) *In the Company of Animals: A Study of Human-Animal Relationships*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shanklin, Eugenia (1985) "Sustance and Symbol: Anthropological Studies of Domesticated Animals". *Annual Review of Anthropology* 14, pp. 375-403.
- Simmons, Laurence y Armstrong, Philip (eds.) (2007) *Kbowing Animls*. Leiden & Boston: Brill.
- Sloterdijk, Peter (2018) *¿Qué sucedió en el siglo XX?*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Stengers, Isabelle (2015) *In Catastrophic Times: Resisting the Coming Barbarism*. Lüneburg, Alemania: Open Humanities Press, Meson Press.
- Trischler, Helmuth (2017) "El Antropoceno, ¿un concepto geológico o cultural, o ambos?". *Desacatos* 54, pp. 40-57.
- Tsing, Anna L. (2004) *Friction: An Ethnography of Global Connection*. Princeton: Princeton University Press.
- _____(2013) "Unintentional Design in the Anthropocene". En AURA Working Papers, Volume 1, AURA'S Openings *More Than Human*. Aarhus University: Dinamarca, pp. 43-53.

- _____(2014) “Blasted Landscapes (and the Gentle Arts of Mushroom Picking)”. En Eben Kirksey (ed.) *The Multispecies Salon*. Durham, NC: Duke University Press, pp. 87-110.
- Van Dooren, Thom (2011) “Vultures and Their People in India: Equity and Entanglements in a Time of Extinctions”. *Australian Humanities Review* 59, pp. 45-61.
- _____(2012) “Nature in the Anthropocene? A Reflection on a Photograph”. *The Yearbook of Comparative Literature* 58, pp. 228-234.
- Van Dooren, T.; Kirksey, E. y Münster, U. (2016) “Multispecies Studies. Cultivating Arts of Attentiveness”. *Environmental Humanities* 8 (1), pp. 1-23.
- Viveiros de Castro, Eduardo (2004) “Perspectivismo y multiculturalismo en la América Indígena”. En Alexander Surrallés y Pedro García Hierro (eds.) *Tierra adentro: territorio indígena y percepción del entorno*. Copenhage: IWGIA, pp. 37-80.
- Watson, Matthew C. (2016) “On Multispecies Mythology: A Critique of Animal Anthropology”. *Theory, Culture & Society* 33 (5), pp. 159-172.
- Wolfe, Cary (2010) *What is Posthumanism?*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Yates-Doerr, Emily (2015) “Does Meat Come From Animals? A Multispecies Approach to Classification and Belonging in Highland Guatemala”. *American Ethnologist* 42 (2), pp. 309-323.